

**PALABRAS DE RESPUESTA DEL BRIGADIER GENERAL
ARMANDO ARIAS CABRALES, DURANTE EL HOMENAJE
DE LA SOCIEDAD BOLIVARIANA DE COLOMBIA A LAS
FUERZAS ARMADAS**

(24 de Agosto de 1984)

Señor General Comandante General de las Fuerzas Militares, Excelentísimos señores Embajadores acreditados ante el gobierno de Colombia, señores Comandantes de Fuerza y Jefe del Estado Mayor Conjunto, señores Generales y Oficiales de Insignia, señores Agregados Militares, Navales y Aéreos, señores Oficiales y Suboficiales de las Fuerzas Armadas, señores Oficiales en retiro, señoras y señores.

Señor Coronel Presidente y miembros de la benemérita Sociedad Bolivariana de Colombia:

Se renueva en esta solemne velada vespertina, como acto litúrgico tradicional, el homenaje que la Sociedad Bolivariana de Colombia rinde a las Fuerzas Armadas y que, como es de usanza cada año, convoca en estos claustros venerables a los ilustres miembros de la noble corporación, a eminentes personalidades del mundo político, económico, cultural y diplomático capitalino y a los mandos castrenses y policiales, acompañados por una representación de las cuatro Fuerzas en sus varios escalones jerárquicos.

Imploro la benevolencia de los honorables miembros de la Sociedad Bolivariana y de los distinguidos asistentes a esta sesión para que, como vocero ocasional de las Fuerzas Armadas, de sus mandos y de todos sus integrantes, me sea permi-

tido formular unas palabras a manera de sincero y cumplido agradecimiento, por el significativo acto que se realiza en este sacro recinto.

El otorgamiento de la Medalla Bolivariana a las Fuerzas Armadas y su imposición en los pliegues del estandarte de las Fuerzas Militares, así como las elocuentes y generosas palabras del doctor Guillermo Hernández de Alba, excepcional representante de esta Sociedad, colman de orgullo a los hombres de uniforme que con especial agrado y reverencia asisten a esta sesión, por cuanto quienes la han gestado y llevado a su culminación son los cultores permanentes de la grandeza del Libertador, el Jefe inspirado que condujo a los Soldados de Colombia La Grande por los ásperos caminos de la geografía andina para coronarlos de gloria en cien combates y llevarlos a ser protagonistas en la conquista épica de la Libertad y en el nacimiento de las repúblicas hijas de espada de Bolívar.

Si bien es cierto, en rigor histórico, que las primeras formaciones castrenses nacionales surgieron cuando aún resonaban en la plaza mayor de Santafé las arengas de Acevedo y Gómez, con la constitución, el 23 de julio de 1810 del Batallón de Voluntarios de la Guardia Nacional y que los actos de valor se tornaron en manifestaciones de rutina durante los hechos de armas de la Campaña del Sur y en la nefasta guerra civil, fueron necesarios la aparición del caraqueño Simón Bolívar en Cartagena, el lanzamiento de su Manifiesto a los granadinos, la conducción de su deslumbrante empresa de armas en el Bajo Magdalena y el desarrollo magistral de sus operaciones sobre Ocaña y Cúcuta para que se encendiera la tea que alumbrara la senda de la lucha por la emancipación e infundiera bríos a los patriotas del Nuevo Reino para acometer la prodigiosa tarea de la emancipación. Contagiadas del frenético empeño del joven militar que ostentaba el grado de General que le otorgara Colombia, se consolidaron las formaciones marciales republicanas, surgió en ellas una sólida conciencia nacional y americanista y se constituyeron en escuela itinerante de táctica y patriotismo, donde nacieron los líderes de tropas que como Santander, Girardot, Maza, Ricaurte, París y Ortega intuyeron que se ponía bajo el mando del hombre más grande de América y se alistaron para ser actores de las

múltiples proezas de la Campaña Admirable y de las acciones bélicas que llevaron a tierra de Venezuela los flameantes estandartes de la libertad.

Es por ello que este homenaje de la Sociedad Bolivariana de Colombia adquiere tanto significado para las Fuerzas Armadas, pues no concebimos al Libertador reducido a las fronteras de Venezuela ya que su titánica dimensión excedió las caprichosas demarcaciones internacionales, porque como él mismo lo expresó, su patria era América y fue precisamente Colombia, por conducto del Presidente del Congreso de Tunja, Don Camilo Torres, la que advirtió premonitoriamente la grandeza de este hombre providencial y la que hizo acto de fe en que mientras su espada existiera, estaría segura la vida de la patria. En nuestra historia militar Bolívar estampó con caracteres indelebles sus épicas ejecutorias en cada una de sus páginas; Cartagena de Indias fue el punto de partida de su trayectoria hacia la gloria y Pantano de Vargas, donde su genio inventó victorias imposibles, y Boyacá, donde las tropas del Rey rindieron sus banderas y su orgullo, fueron el cimiento indispensable para los triunfos de Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho, campos donde los Oficiales y las tropas colombianas aportaron su arrojo, su sudor y su sangre para culminar la empresa de la liberación.

Nos enaltece y emociona entonces, en grado sumo, que sea precisamente en un recinto dedicado al Padre de la Patria, tan inmediato a la casa que le diera asilo, donde se cumpla este homenaje, porque en las Fuerzas Armadas de Colombia nunca hemos sido ajenos al culto que a él se tributa y admirado el que se hubiera cumplido su sueño de la emancipación en lo material, respetamos su memoria y quisiéramos ver realizado el mandato que nos dejó en sus documentos, profundos y visionarios, siempre actuales; vibramos emocionados al repasar sus encendidas arengas dirigidas a los hombres en el campo de batalla y no olvidamos el postrer mandamiento, cuando en su última proclama, siete días antes de su muerte, pedía a los militares emplear su espada para defender las garantías sociales.

Partiendo de este origen ligado por tantos conceptos al Libertador y del que hacemos orgulloso reconocimiento, luego de más de siglo y medio de transcurrir por la historia patria,

continúan presentes espiritual y físicamente en la vida nacional las Fuerzas Armadas, a las que la Sociedad Bolivariana honra hoy con este generoso acto. Son ellas la expresión material y tangible de la fuerza concebida por la Constitución para preservarla, para garantizar la pervivencia del Estado, para defender su integridad territorial, para servir de soporte a sus instituciones legítimas y para tutelar la majestad de la república.

Somos conscientes de la legalidad de nuestro origen y de la legitimidad y constitucionalidad de la función que se nos ha impuesto; por eso mismo entendemos en toda su dimensión la magnitud de la tarea que nos compete y la gran responsabilidad que entraña el ser los depositarios de las armas que se nos han confiado para respaldar el sereno cumplimiento de tan ponderosa misión.

Concebimos la Institución Armada como una agrupación no sólo de hombres sino también de espíritus, voluntaria y conscientemente colocados dentro de un rígido marco de disciplina, de profesionalismo y de honestidad y prontos al sacrificio, como con creces se ha demostrado, porque así nos lo exige el juramento prestado ante la insignia patria, y es bien sabido que la palabra empeñada tiene caracteres solemnes para los hombres de armas.

Rendimos culto reverente a los más representativos valores de la nacionalidad porque entendemos la patria de hoy como el trasunto de los sacrificios de quienes nos precedieron en el servicio y como la persistencia en el propósito de los que en la hora presente disfrutamos de esa herencia. Así comprendemos que paralelamente con el lleno de la misión, nos corresponde preservar las tradiciones y prolongar en el tiempo las glorias pretéritas.

No podemos, como nunca lo hemos sido, estar ajenos a los problemas de la nación; estos los percibimos con mayor intensidad pues cuando se trata de Colombia nuestra sensibilidad se magnifica ante sus dolores y ante sus angustias; por tal razón nos comprometemos con criterio profesional en el estudio y en el análisis de sus dificultades, intentamos profundizar en su conocimiento y formulamos propuestas de solución signadas por la objetividad, la imparcialidad y el desinterés personal. Ello nos ha conducido a ampliar el ámbito

de nuestra función, y a la actividad exclusivamente castrense hemos agregado la de nuestra entusiasta participación en el desarrollo del país, en diversos y variados campos, cada Fuerza dentro de sus capacidades y en su especialidad, sin ánimo de usurpar jurisdicciones, sino animados por el deseo de participar en la construcción del país, con el aporte de nuestros recursos humanos y de nuestra capacidad de trabajo principalmente.

Sentimos que dentro del acelerado ritmo de la vida no podemos permanecer estáticos, pues quedaríamos al margen de la historia misma; bulle un espíritu de renovación permanente en las Fuerzas Armadas para adecuarlas en su estructura, en su doctrina, en sus medios y en su conducción, a las circunstancias nacionales y regionales, pero sin perder de vista el objetivo primordial y sin apartarse de los moldes constitucionales, consultando siempre los más altos intereses y las reales posibilidades del país.

En defensa de los principios democráticos y en procura de la estabilidad internacional y de la paz mundial han llevado las Fuerzas Armadas sus estandartes a lejanas tierras, dejando siempre en ultramar un grato recuerdo de valor, profesionalismo y apego al deber; así aconteció en Corea y en Suez, y ahora se hace en Sinaí, donde se proyecta una positiva imagen del país, por parte del Batallón Colombia.

Nos empeñamos en la hora presente, con todo el fervor que esa urgente tarea exige, en la consolidación de la paz interna. La ingente cuota de sangre que las Fuerzas Armadas han tenido que aportar en esta prolongada contienda interna es título suficiente para que no se dude de la sinceridad de los propósitos que la animan y de sus deseos porque retorne a las ciudades y a los campos la tranquilidad que huyó atemorizada ante el estruendo de las armas y las consignas de muerte propaladas por mentes calenturientas. Tenemos fe en que pronto reinará la calma en los espíritus para volcar nuestro esfuerzo prioritariamente hacia la seguridad de las fronteras, empeñándonos allí en labores de desarrollo y de progreso como se hace ahora en la Amazonia en amplia cooperación y en estrecha e indisoluble amistad con los países vecinos.

Confiamos pues en el pronto y perdurable aclimatamiento de la paz, como premisa del desarrollo y del progreso, para

que se afiance la estabilidad política y se consolide la recuperación económica; nos animan el optimismo y la fe en los designios y en la felicidad de la patria. En esta lucha por la preservación del andamiaje democrático del Estado, se han doblegado los cuerpos de Oficiales, Suboficiales, Soldados y Agentes, pero no el espíritu de la Institución que sin desfallecer anhela y propugna por días más amables para todos los colombianos.

Estas Fuerzas Armadas, génesis y soporte firme de la nacionalidad esperan el apoyo decidido y permanente, la solidaridad sin reservas y el respeto de todos los connacionales. Las tradiciones que con celo conservamos, los laureles no marchitos de nuestros antecesores y las flores aún frescas sobre la tumba de quienes vistiendo el uniforme de la patria entregaron su único patrimonio, la vida, por la supervivencia de Colombia, ameritan esta petición. Persistimos con firme convicción en nuestra fidelidad inquebrantable a la Constitución y el respeto al ordenamiento jurídico, ejerciendo la autoridad que se nos ha delegado con espíritu republicano, para emular la definición que de Bolívar hiciera el escritor, al referirse a él como "la espada al servicio del derecho".

Reiteran las Fuerzas Militares y de Policía, sus mandos y los hombres y mujeres que orgullosamente las integran, su más profundo reconocimiento al señor Coronel Presidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia y a sus dignos miembros por este homenaje engrandecido por la valiosa preseña que a partir de hoy orna su estandarte, realizado por la intervención magistral y afortunada del doctor Hernández de Alba y magnificado por la presencia solidaria de los dilectos amigos que aquí se han dado cita. Este acto nos reconforta el alma, da temple a nuestros espíritus y anima nuestros corazones para proseguir en la misión dignísima que nos ha impuesto la Carta Magna; perseveraremos en tal empeño con bríos renovados, porque eventos como este son alimento espiritual para vitalizar la voluntad y reafirmar la certidumbre de que persistiremos en seguir siendo los centinelas insomnes de la majestad y el honor de Colombia, la patria que nos dió Bolívar, cumpliendo el deber sin vacilaciones, al lado del orden y en guarda de los principios que desde sus inicios han sustentado la vida institucional del país.